

Carta del Presidente



Una Sociedad Científica es una entidad sin fines de lucro cuyo objetivo principal o único es el progreso de la ciencia a que se dedica, y lo consigue a través de la actividad científica y educacional.

La tarea científica se logra promoviendo la investigación y facilitando los ámbitos necesarios para la discusión entre los pares, generando el conocimiento y creando nuevos horizontes para la conquista de futuras metas. Esta actividad está estrechamente ligada a la educacional, no sólo para la formación de nuevos científicos sino para la información de los conocimientos alcanzados entre los experimentados y dar movimiento, de esta manera, al más importante de los mecanismos de la superación.

Hasta hace pocas décadas bastaba con reuniones periódicas donde tuviera lugar el intercambio de las experiencias, pero en el momento actual es necesario contar con una infraestructura muy afiatada que funcione con orden y continuidad, que disponga de una biblioteca que cuente con las publicaciones más actualizadas, que organice un sistema de cursos que cubran las necesidades de todos los niveles, desde el iniciado hasta el superespecializado, que permita la información y educación a distancia, para todos los interesados que no pueden acercarse por razones de tiempo, que produzca publicaciones periódicas informativas y de comunicación entre los pares, que tenga la jerarquía y el reconocimiento necesario a nivel nacional e internacional para conectarse con instituciones con los mismos intereses en todo el mundo, que sepa mantener la ética entre sus miembros y que sea capaz de concentrarlos en Simposios, Jornadas y Congresos, para estimular el contacto mutuo que contribuirá no sólo al enriquecimiento científico sino a crear lazos de amistad que favorecerán y simplificarán los contactos futuros. Además, que apoye a los jóvenes, siempre ávidos de superación, gestionando becas y premios, ya que así contribuirá a la formación de los científicos del mañana.

Y toda esa actividad, todo ese trabajo, en bien del último destinatario de los esfuerzos de una Sociedad Científica: la Comunidad.

En los países desarrollados la Comunidad estimula el funcionamiento de las Sociedades Científicas porque, de esta manera, está buscando superar su calidad de vida. Pero en algunos países, como el nuestro, aún no son com-

prendidas totalmente. Sin embargo, siempre existe un grupo de voluntariosos que invierten tiempo y esfuerzo en su creación y mantenimiento. Y ellos encuentran solución para todas las dificultades y ven crecer y mantenerse sus Sociedades con la satisfacción del deber cumplido, pero también con orgullo y, por qué no reconocerlo, con amor y dedicación. Suelen ser pocos, no más de un 10 ó 20% del resto de los científicos, pero permanentemente revolotean alrededor de "su" querida Sociedad aportando ideas, proyectos, tiempo, vida, y todo silenciosamente, anónimamente. ¿Qué los mueve a tal acción? Su amor por la ciencia o la comunidad, su deseo de realización científica, su "voluntad de poder", como decía Nietzsche, o quizá su deseo de figuración. En todos los casos es más, pero mucho más, lo que aportan que lo que pudieran llegar a recibir como compensación no enteramente científica. ¿Cómo explicarlo entonces? Algunos de esos individuos, con años de actividad societaria, lo han tratado de definir como "espíritu societario", por no poder encontrar otra respuesta.

Y eso es lo que está haciendo cada vez más falta en nuestras Sociedades Científicas, gentes con espíritu societario, con ganas de hacer sin esperar recompensas, con críticas realmente constructivas, con mucha humildad, con gran capacidad de comprensión y tolerancia, y con encendida pasión por lo que se hace.

Durante mi gestión a cargo de la Sociedad Argentina de Cardiología esperaba encontrarme con muchos colegas dispuestos a colaborar con la actividad científica o docente. Es más, me preocupaba cómo hacer para encontrar ocupación para todos ellos y poder canalizar esa energía creativa o colaborativa. La realidad me enseñó que no son tantos los que se acercan; es más, tuve que convocarlos. Este hecho me preocupó sobremanera, me conmovió en sospechar la posibilidad de que se estuviera agotando el espíritu societario mentado. Pensé que las múltiples ocupaciones a que está sometido un profesional en el momento actual no le conceden tiempo a veces para la atención de su familia. Imaginé decenas de causas, pero todas eran erróneas. A poco advertí que simplemente es que desconocen el verdadero funcionamiento de nuestra Sociedad.

Nuestra Sociedad está formada por miembros, es decir por cardiólogos que desean superarse

científicamente, que concurren casi siempre como espectadores pasivos o bien como interlocutores activos, pero sólo en lo que atañe al aspecto estrictamente científico. Ignoran que pueden llegar a ser más útiles si, además, integrando alguna función específica dentro de los diversos consejos, comisiones o distritos regionales, colaboran ya con su capacidad creativa como con su crítica correctora, en la organización, programación, difusión, publicación, etc., del aspecto científico que les interesa directa o indirectamente. Es notable que una vez introducidos en el engranaje de la Sociedad muestran aspectos de sus capacidades insospechados, y se transforman en verdaderos líderes en la conducción de la Sociedad.

Creo que éste es el aspecto donde las Comisiones Directivas nada pueden hacer si el indi-

viduo no se acerca a ofrecer su voluntariosa contribución. Que no tema a la falta de conocimiento o de capacidad para determinada tarea, que no lo atemorice el hacer el ridículo, sólo aporte su buena voluntad y su capacidad de trabajo. Piense que todos los Presidentes también se iniciaron con cierto temor y algunas reservas.

En esta última carta a mis estimados colegas, el mejor mensaje que les puedo dejar es recordarles que la Sociedad Argentina de Cardiología los requiere, que siempre tendrá una tarea para encomendarles, que por sencilla que parezca es importante en el conjunto, que todos somos responsables de ella, y que sólo entre todos la llevaremos al nivel de grandeza a que aspiramos.

Ricardo J. Esper